

Introducción

La historia de Grecia no es una historia cualquiera. Como la de Roma, pero con más intensidad en los aspectos ligados al saber y el conocimiento, y como la del mundo hebreo, la historia de Grecia es el componente esencial de la cultura occidental. Conviene recordar que hasta los años 50/60 del siglo XX se entendía el latín, y con frecuencia el griego, como parte esencial de la formación que debía recibir todo alumno de secundaria.

Las elites de la Roma que domina el mundo Mediterráneo ya en el s. II a. C. entienden entonces, y de hecho ya antes, que la cultura helena en todas sus dimensiones – incluyendo la literatura, la filosofía, la reflexión sobre el Estado y el individuo, las artes plásticas, conocimientos como la geografía, la astronomía, las matemáticas, la historia, la geografía, la medicina...- debía ser conocida y adaptada a su nuevo mundo imperial. Recordemos que los romanos estuvieron desde muy pronto en contacto con el mundo griego a partir de las colonias helenas en Italia y Sicilia, y que el espacio entre Grecia y la India había sido conquistado por Alejandro en la segunda mitad del siglo IV a.C., al derrotar a los persas.

La absorción de una parte de ese mundo implicó muchas cosas, entre otras que el griego siguió avanzando como lengua y cultura vehicular en dirección hacia Occidente, y que, además, hubiera un mundo en el Este Mediterráneo que era romano pero de lengua griega, precisamente el mundo que será Bizancio y que sobrevivirá mil años a la caída del imperio occidental.

Toda esa trascendencia y continuidad tuvo fuertes repercusiones en las Edades que siguen. Basta pensar sólo en términos como Renacimiento o Neoclásico, recordar la continua presencia de autores como Homero, los mitos o los autores trágicos en nuestra cultura, el papel de lo heleno en los movimientos ideológicos y políticos (la Revolución francesa, por ejemplo) u observar la riqueza y caracterización de términos como los que acabamos de ver (política, geografía...) para percibir esto con toda claridad.

El papel de Grecia ha sido tan intenso a la hora de definir a la propia Europa que durante mucho tiempo, y esto incluye el decisivo siglo XIX, se marcaba la diferencia entre la cultura europea y occidental por un lado, y las restantes culturas a partir precisamente del legado griego, usando abusivamente sus caracterizaciones. En este terreno tenía un gran papel como contraste el “mundo oriental”. Edward Said ha demostrado cómo el concepto de “Oriente” era un concepto abusivo y alrededor del cual se elaboró una supuesta ciencia, el “orientalismo” para construirlo. El concepto de los “orientales” venía a abarcar desde Mauritania hasta Japón, uniendo así espacios y colectivos que se diferenciaban en mucho entre sí. El concepto de Grecia sirvió para marcar distancias con ese mundo “oriental” que para finales del XIX había caído en su mayor parte en manos europeas

Varios ejemplos pueden ser ilustrativos en este sentido.

El primero sería la tendencia a sostener el surgimiento de Grecia, del “Milagro Griego” como un milagro en sí, negando que los contactos como el POA y Egipto hubieran sido decisivos en ese terreno. En el siglo XIX, en pleno imperialismo, y especialmente en sus años finales cuando éste se recrudece, se negará más esos componentes de conexión e influencia que, por otra parte, los griegos conocían muy bien.

El segundo se refiere a la estética y la razón. El alemán Johann Joachin Winckelmann (1717-68) definió un modelo griego identificado con su lectura del arte del período “clásico” (V-IV a. C.) considerándolo la imagen perfecta de las percepciones estéticas,

ante la cual lo único razonable era la imitación: *La única manera de llegar a ser grandes, si es posible, es con la imitación de los griegos*. Este tipo de planteamiento limita la percepción del arte griego al idealizarlo –las estatuas y los templos no eran del color blanco del mármol, sino polícromas como una imagen de Semana Santa española, y lo asocia a la racionalidad de manera unívoca y exclusiva (“solo el arte griego es verdadero arte”) y a las especificidades de un pueblo concreto.

Con ello no sólo se asociaba una estética, un arte, al clasicismo griego, sino que se asociaba al hombre griego, a esa racionalidad característica, e incluso a la capacidad de razón y buen juicio que se ligaría con otra invención griega, la democracia, todo lo cual heredaría Occidente. Se ponían todas las cartas sobre la mesa, así, para que la estética de otros pueblos fuera criticada y rechazada, y que se entendiera que expresaba menores capacidades de racionalidad que las que poseerían los europeos, como herederos directos de los griegos.

Así que el arte griego podía ser considerado como un ejemplo de la superioridad europea y de la inferioridad de otras culturas. No sorprende, entonces, que la ruptura que a comienzos del s. XX se produce con el arte tradicional, clasicista, “realista”, y que corporeiza el “Movimiento Moderno” (cubistas, dadaístas, surrealistas, expresionistas...) vaya unida a la adopción de estéticas no occidentales; así, Picasso estudiará y usará el arte africano o el ibero. Es ahora cuando se demuestra que el arte –condenado, como hemos visto, a una imitación– había estado muy limitado en su evolución por esos modelos “clasicistas”.

De hecho, la exaltación del período “clásico” no sólo implicaba limitaciones de este tipo, sino muchas más, incluso en lo referido a ese momento “clásico”. Sócrates o Platón eran demasiado “europeos” y clásicos como para reconocer que creían en la reencarnación. Se pasaba por alto la homosexualidad o, mejor, bisexualidad, de buena parte de los protagonistas masculinos de esa época y de la propia cultura griega. Se censuraban los textos poco menos que pornográficos de Aristófanes. Se negaba el papel de lo “irracional” (sueños, posesiones, religiones místicas y extáticas...) en la cultura helena.

Es interesante ver también que afectaba al período anterior y al posterior. De la *Ilíada* –concebida como el origen de todo esto, una obra transparente, límpida, evidente– se eliminaba que Zeus quiere exterminar a una generación de héroes en esa guerra sin limitación en sus oscuras capacidades manipulatorias. Es decir, se buscaba una vez más una genealogía limpia de polvo y paja.

Y se miraba el “helenismo”, el término con el que se define la fase que sigue al período “clásico”, como un momento de decadencia, de degradación, marcado por una pérdida de los componentes originales clásicos por el impacto con el mundo de los súbditos orientales y egipcios de los reyes helenísticos. Se detectaba también aquí el miedo a la “barbarización” de los grupos coloniales europeos en las zonas que dominaban y, en todo caso, destacaba el papel central de ese supuesto contraste entre griegos y “orientales”.

Límites: el tiempo

¿De qué hablamos cuando hablamos del mundo griego? Empecemos por esta pregunta en el tiempo. ¿Cuándo podemos empezar a hablar de cultura griega?

A lo largo del siglo XX se avanzó mucho en este terreno, como en otros, alargándolo en el tiempo. Todo empezó con un aficionado ilustre, Heinrich Schliemann, cuando ya en los años 70 y 80 del siglo XIX con ayuda de los textos de la *Ilíada* descubrió Troya en el Asia Menor y excavó igualmente en lugares como Micenas, ya en la Grecia continental. Schliemann de la misma manera que tituló como “El tesoro de Príamo” un

hallazgo que hizo allí, hizo lo propio en Micenas con la “Máscara de Agamenón” o con la “Copa de Atreo”. Su descubrimiento parecía dar la razón a la veracidad histórica de la Guerra de Troya de la *Ilíada* y la *Odisea*, que se ubicaría, con la ayuda de las fuentes griegas allá por el año 1100 a. C.. Así que si antes se consideraba que no había historia fiable antes de la Primera Olimpíada (776 a. C) ahora se pudo ver que había una serie de siglos antes en los que había habido sociedades urbanas en Grecia.

Los sucesivos descubrimientos, particularmente de tumbas en Micenas y de palacios en otros lugares, ayudarían a añadir nuevas evidencias para el estudio de una cultura que se llamó “micénica” por la importancia de Micenas arqueológicamente y porque en la *Ilíada*, donde es el reino del monarca principal, Agamenón, hermano de Menelao, el esposo abandonado de Elena.

Las fuentes griegas hablaban de aquellos personajes del tiempo de los héroes, en Grecia y sus islas –Ítaca- principalmente, y también, menos, en el Asia Menor, pero hablaban también de un rey Minos, asociado al Laberinto, el Minotauro, Ariadna y Teseo, así como a una *thalassocracia*, un dominio del mar.

Un inglés, Arthur Evans, que conocía a Schliemann, cumplió el plan de excavar en Cnosos que Schliemann no pudo llevar adelante al morir. La presencia de unas “piedras de leche” que se vendían en Grecia y provenientes de la isla le hizo suponer que iba a encontrar una cultura diferente. Para ello compró los terrenos del palacio y empezó a excavarlo en el año 1900, en medio de un período complejo en la isla en el que la retirada de los otomanos y otros acontecimientos se mezclaron con sus objetivos arqueológicos, algo que, por lo demás, y no por casualidad, ya había pasado en otros momentos de su vida. Desenterró el Palacio de Cnosos, que identificó como el “Palacio de Minos” al asociar la complejidad de la estructura del palacio con el famoso Laberinto del Minotauro. No solo encontró el palacio, sino 3.000 tablillas de arcilla con escrituras que luego serían conocidas como Lineal A y B, aparte de otra mucha documentación arqueológica, como cerámica o pinturas en las paredes e incluso importaciones egipcias. Con esto se abría otro horizonte de conocimiento, que aportaba más antigüedad e información al panorama de las culturas del Egeo.

Este otro mundo “minoico” presentaba claras diferencias con el micénico: no había grandes fortalezas, armamento o representaciones bélicas, lo que obligaba también a pensar esas diferencias. El siguiente paso empezó cuando en 1936 un joven arquitecto, Michael Ventris escuchó hablar a Evans del Lineal B y se propuso descifrarlo, algo a lo que ayudó mucho su trabajo durante la II Guerra Mundial descifrando los códigos alemanes; en 1952 consiguió mostrar no sólo que lo había hecho, sino que se trataba de una lengua griega, un silabario, en la que por ejemplo se podían leer palabras como trípede o coriandro. Todo apuntaba, además, a que la lengua minoica –que se conocía por topónimos, hidrónimos, nombres personales, términos como labris-laberinto y otros- no era ni griega ni indoeuropea, lo que llevó a descubrir que esa presencia de textos en Lineal B se debía a una ocupación micénica de Creta.

Por otra parte, lo que permitió este desciframiento era ver que la Micénica era una sociedad palacial compleja, pero que tenía poco que ver con la *Ilíada*, la cual que era fruto de un momento posterior, mucho menos complejo estructuralmente. La presencia de la lengua, de nombres de dioses y otros componentes aseguraba, en todo caso, una cierta continuidad hacia la Grecia propiamente dicha. Es decir, tenemos continuidad en la lengua griega y algunos aspectos culturales, podemos incluso presumir ciertas continuidades poblacionales, pero eso es distinto de que podamos identificar ya ese mundo como “griego”, cuestión que depende de cómo lo caractericemos.

El mundo minoico, anterior, sólo en cierta forma podía ser integrado en esa relativa continuidad. De hecho, la sociedad palacial que se desarrolla en el mundo minoico es anterior a la micénica, habla otra lengua y tiene sin duda un papel como “sociedad palacial primaria” en el desarrollo de la micénica como “sociedad palacial secundaria”. Así que tenemos una sociedad, la minoica, que no es exactamente “griega” lingüísticamente pero que es la base de la que parte la primera sociedad “griega” que conocemos.

Podríamos reconstruir el proceso de una forma que ya conocemos para, por ejemplo, el tránsito del III al II milenio en el POA: una sociedad previa que apunta a lo palacial en Creta, muy conectada con los mundos de alrededor –Grecia Continental, las Cícladas– que continúa su evolución después, gracias a que es una isla, mientras llegan grupos indoeuropeos a la Grecia Continental. Los contactos de Creta con el complejo mundo del POA, Egipto y Asia Menor en la primera mitad del II milenio, y en particular con la franja de Levante explican el auge de unos sistemas palaciales progresivamente más complejos. Entretanto, el impacto de Creta y esos otros espacios del mundo del Mediterráneo Oriental lleva al desarrollo de sociedades cada vez más jerarquizadas en el mundo de Grecia continental que darán lugar a la cultura que llamamos micénica alrededor de la mitad del milenio y que se diferencia netamente de la micénica. Y serán esos grupos micénicos los que tomen Creta, se apoderen de Cnosos y nos dejen las tablillas en lineal B que encontramos allí, en paralelo a lo que ocurre en otros lugares de Grecia como el palacio de Pilos, donde también nos las encontramos.

¿Y cuándo acaba la historia de “Grecia”? Si decíamos del helenismo que se consideraba tradicionalmente como un momento de decadencia y menos digno de ser estudiado, mucho más se podría decir del período romano, en el que el mundo de lengua griega, de hecho, se fortalece. Los griegos de Italia y de Sicilia quedan bajo el poder romano entre los siglos IV y III a.C., los de Grecia y algunos otros lugares del mediterráneo en el II, y en el I a. C. el último reducto, que había sido un fiel aliado de Roma hasta el momento, el Egipto de los Ptolemaidas. Así que tenemos hasta el fin del imperio romano de occidente unos seis siglos de poder romano en Grecia misma. Además, como apuntábamos, Bizancio, si bien ya cristianizado, continúa la lengua y parte de la cultura. Si decidir cuando se acaba la Grecia antigua es complicado, eso no quita que la cultura griega no se acabe, sino que continúa durante siglos y siglos y que la Grecia bajo Roma no es Roma, sino “Grecia en el mundo romano”. Muchos –como por ejemplo el geógrafo Estrabón de Amasia en el Asia Menor que vive alrededor del cambio de Era– se sentirán políticamente romanos y culturalmente herederos de la cultura griega, de la que se decía que, vencida, había derrotado a sus vencedores. El caso de Estrabón añade más factores: probablemente circulaban por su venas sangre indígena y persa más que griega, pero se sentía ciudadano romano y de cultura helena.

Límites: el espacio

Es complicado saber si en época micénica había grupos de lengua micénica en Asia Menor. Sabemos sin duda que ya los hay en Grecia, Creta y las islas. En el período inmediatamente posterior los griegos hablaban de diversas migraciones de dorios, jonios y eolios desde el Continente hasta las islas y las costas de Asia Menor. Las nuevas formas culturales y políticas que se desarrollan al final de la época oscura y en el período arcaico –siempre en conexión con las sociedades del POA y Egipto a través del comercio, la navegación y la presencia de gentes de estos lugares allí (como en Al Mina, en el Orontes, o Chipre)– tienen como escenario a la vez esos tres espacios. Aspectos tan dispares como las Olimpíadas, el papel de Homero o el oráculo de Delfos

tendrán que ver con la constitución de una cultura llena de rasgos comunes, de la constitución de un mundo culturalmente griego, diríamos, en el contexto de una continua interacción e personas y sociedades.

Ahora bien, la llegada del período arcaico va ligada a un proceso de expansión de ese mundo hacia el exterior: la colonización, que ocupará con ciudades, polis, muchos lugares del Mar Negro y la zona norte del Mar Mediterráneo hasta Italia y Sicilia, con los puntos de avanzada más tardíos de Marsella y Ampurias, mientras que en África únicamente se fundará Cirene. En cierta forma esta ocupación refleja como en un espejo la colonización fenicia que ocupa el Sur del Mediterráneo y de la Península Ibérica, compartiendo Sicilia con los helenos.

El mundo griego ya en el período arcaico es, por tanto, un mundo que abarca mucho más que Grecia, si bien los aspectos más nucleares se centrarán allí, y, de hecho, en muchos de ellos, como los culturales, en Atenas. Éste no es, sin embargo, todo el panorama porque muchos griegos negocian y navegan por todo el Mediterráneo y otros muchos a partir del s. VI trabajan en los territorios del Gran Rey, del Rey persa y porque la cultura griega, como hemos visto, se expande en muchas más direcciones, por ejemplo en Italia y Roma.

Tras Alejandro, como hemos apuntado ya, habrá no sólo reyes, cortes y funcionarios y soldados helenos como grupos dominantes en los reinos helenísticos de Asia Menor a la India pasando por Egipto, sino que la cultura griega se expandirá por todas partes, incluido el reino parto que sustituye al reino helenístico de los Seleúcidas en el espacio entre Mesopotamia y la Bactria. El mundo griego tampoco ahora, y menos ahora que nunca, se deja reducir a Grecia.

Notas sobre Geografía

Basta mirar un mapa de la Grecia Continental –y de Creta y las Islas- para ver los grandes contrastes con las primeras sociedades del POA y sus grandes ríos. Hablamos de una península mayoritariamente montañosa (80%) entre los mares Jonio, Mediterráneo y Egeo, rodeada de más de 1200 islas, de las cuales hoy en día hay unas 160 habitadas, siendo la más grande Creta. De hecho podemos hablar de dos penínsulas sucesivas: la Grecia propiamente “continental” que se proyecta desde los Balcanes y el Peloponeso, separado por el Golfo de Corinto. Es un relieve joven y abrupto fruto del plegamiento alpino que se proyecta hacia el mar con lo que, sin tener grandes montañas, sí tiene muchas y muy cercanas al mar formando calas y acantilados, además de golfos como los de Salónica, Eubea o Corinto. Una parte de esas montañas se sitúan ya dentro del mar y emergiendo en sus picos en forma de islas. La cercanía de diversas placas tectónicas añade otro factor más: terremotos y volcanes-

Esto implica que no hay grandes ríos, entonces, sino una abundancia relativa de ríos de pequeñas dimensiones y muy dependientes de las lluvias. No son una vía de comunicación importante y la propia orografía hace de hecho más fácil la comunicación por mar que por río y, en muchos lugares, que por tierra.

Ligado a esto está otro aspecto esencial: la dependencia del clima para la subsistencia. No cabe multiplicar, por ejemplo, los sistemas de canales y colonizar nuevas tierras al estilo de lo que se puede hacer en zonas del POA, ni un sistema estatal de acumulación de excedentes para los tiempos de “vacas flacas”. Es un lugar donde cabe esperar problemas agrarios de subsistencia por razones climáticas, y en particular cuando se agrava con cuestiones como la concentración de propiedad, lo que lleva a crisis sociales, esclavitud o servidumbre por deudas, o la necesidad de emigraciones o colonización. También el clima y la orografía, combinados con la explotación agraria, generan

problemas de erosión importantes con pérdida de zonas de cultivo e inundaciones graves en las zonas agrarias y problemas de sedimentación en las costas.

No hay ninguna llanura o vega grande, pero sí algunas llanuras suficientes como para mantener comunidades de cierta importancia, por ejemplo, la Beocia, que se centrará en Tebas, y el Ática, con su capital en Atenas. En buena parte de los sitios hay, sin embargo, la posibilidad de producción agrícola en pequeños valles y de cultivos de secano en laderas, además de usos ganaderos y forestales, recursos de caza, minerales en algunas zonas, pesca y navegación. La tríada mediterránea –cereales, olivo, vid-, además de leguminosas, verduras y frutas eran cultivos muy adaptables a este medio.

Como se ve, desde el punto de vista geográfico recuerda más las condiciones de Ugarit o de las zonas de Siria que las de Mesopotamia, por ejemplo. No hay la capacidad de producir grandes excedentes y mantener estructuras burocráticas complejas con ellos. Por otra parte, es una geografía que anima a la constitución de unidades territoriales pequeñas, o relativamente pequeñas más que de grandes. Es también un mundo en gran medida abocado a salir al exterior.

Se ha señalado muchas veces que con una geografía así, Grecia estaba más llamada a constituir ciudades que imperios, por ejemplo, y que la ciudad es lo que marca la historia de Grecia, como manifestación de un espíritu individualista generado por esta geografía. No es que estos sea del todo falso, sobre todo lo primero, pero requiere varias matizaciones.

En primer lugar, debe considerarse que zonas con esas características tampoco desarrollaron ciudades y mucho menos lo que llamamos “polis”, ciudades con una compleja entidad política en la que la clave era el concepto de ciudadano y no el de súbdito. Por otra parte, la ciudad no es más que el eje de un territorio agrario mucho más grande que la ciudad; a este respecto, cuando se fundan colonias griegas, es decir, cuando se forma de la nada una ciudad helena, ésta es por lo general impensable sin tener en cuenta el territorio alrededor del que dispone.

En segundo lugar, hay un aspecto importante a tener en cuenta y es que es una parte de Grecia nunca desarrollará ciudades propiamente dicha, aunque sí sociedades complejas, con escritura y culturalmente griegas. En Grecia habrá, pues, ciudades y “pueblos”, *ethnoi*, organizados, por ejemplo, en Ligas y similares.

Un tercer aspecto es que la ciudad es importante, pero que también en Grecia este tipo de asociaciones de colectivos, Ligas y similares, frecuentemente vinculadas con determinados centros de culto, también tendrán un papel importante, la liga Beocia, por ejemplo.

En cuarto lugar, que hay componentes pan-griegos como las Olimpíadas o los cultos de Delfos que tienen una gran trascendencia como factores de unión y de identidad.

La geografía condiciona, y en determinados aspectos fuertemente, pero no determina la historia. Grecia generó una de las sociedades más fecundas de la historia en todos los terrenos. La geografía fue un factor de fondo esencial pero no otra cosa.

Cronologías básicas

- Minoico. Primeros Palacios XX-XVIII a. C.
- Minoico, Segundos Palacios XVII-XV a. C.
- Minoico bajo el poder Micénico: XV-XII a. C.
- Micénico 1. Tumbas de Fosa. XVI-XV a. C.
- Micénico 2. Palacial. XV-XII.
- Edad Oscura XI-VIII a. C.

- Período Arcaico VIII-VI a. C.
- Período Clásico V-330 a. C.
- Helenístico 330-s. II (o I) a. C.
- Grecia Romana: 33-I a. C. –V d. C.
- Bizancio: V-1453.